

EL
EN UN MOMENTO DESAPARECIERON
RAPTO
CUENTA REGRESIVA A LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA TIERRA

TIM LAHAYE

JERRY B. JENKINS



Tyndale House Publishers, Inc.
CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la emocionante página en la red informática de Tyndale: www.tyndale.com

Descubra lo más reciente acerca de la serie *Dejados Atrás* en www.dejadosatras.com

TYNDALE y la pluma del logotipo de Tyndale son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Dejados Atrás es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

El Rapto

© 2006 por Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada © por Veer. Todos los derechos reservados.

Fotografía de los autores © 2004 por Brian MacDonald. Todos los derechos reservados.

Diseño por Jessie McGrath

Traducido al español por Mireya E. Ponce de Clarke y Kevin J. Clarke

Edición por José Luis Riverón

Referencias bíblicas tomadas de *La Biblia de las Américas* y de *Dios Habla Hoy*.

Publicado en asociación con la agencia literaria de Alive Communications, Inc., 7680 Goddard Street, Suite 200, Colorado Springs, CO 80920.

Library of Congress

LaHaye, Tim F.

[Rapture, Spanish]

El rapto : en un momento desaparecieron : cuenta regresiva a los últimos días de la tierra / Jerry B. Jenkins, Tim LaHaye.

p. cm.

Authors' names in reverse order in English ed.

ISBN-13: 978-1-4143-1128-9 (pbk.)

ISBN-10: 1-4143-1128-1 (pbk.)

1. Steele, Rayford (Fictitious character)—Fiction. 2. Rapture (Christian eschatology)—Fiction. I. Jenkins, Jerry B. II. Title.

PS3562.A315R4318 2006

813'.54—dc22

2006015344

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

10 09 08 07 06

6 5 4 3 2 1

Los personajes principales :

Abdula («Smith») Ababneh, algo más de veinte años de edad. Piloto de combate, Real Fuerza Aérea de Jordania, Amman.

Nicolás Carpatia, treinta y dos años de edad. Políglota. Magnate de negocios de importación y exportación. Miembro de la Casa Baja del Parlamento, Bucarest, Rumania.

Patty Durán, veintiséis años de edad. Azafata de la aerolínea Pan-Continental, Des Plaines, Illinois.

León Fortunato, algo más de cincuenta años de edad. Consejero político y personal de Carpatia, Bucarest.

Doctor Jaime Rosenzweig, casi setenta años de edad. Botánico y estadista israelita. Ganador del Premio Nobel. Haifa, Israel.

Cloé Steele, diecinueve años de edad. Estudiante de primer año de la Universidad de Stanford, Palo Alto, California.

Irene Steele, treinta y nueve años de edad. Esposa y madre. Creyente en Cristo por ocho años, Mount Prospect, Illinois.

Raimundo Steele, cuarenta y un años de edad. Capitán de la aerolínea Pan-Continental, Mount Prospect, Illinois.

Raimundo Steele hijo (Raimundito), once años de edad. Creyente en Cristo desde hace tres años, Mount Prospect, Illinois.

Jonatán Stonagal, algo más de ochenta años de edad. Multimillonario estadounidense. Banquero y financiero internacional, Manhattan, Nueva York.

Camilo («Macho») Williams, veintinueve años de edad. Escritor principal de la revista *Semanario Global*, ciudad de Nueva York.

Viv Ivins, algo más de sesenta años de edad. Amiga de toda la vida de Carpatia, Bucarest.

PRÓLOGO

De *El Régimen*

NICOLÁS CARPATIA se había convertido en el perfecto político, diplomático, estadista y en un incitador internacional. Encontraba pretextos para viajar, estableciendo alianzas con jefes de estado quienes nunca hubieran concedido una audiencia a un miembro de la casa baja del parlamento rumano, a no ser porque él era muy persuasivo. Además, en su propio país, se había convertido en el hombre más popular, admirado, respetado y elogiado aún por sus propios rivales.

Carpatia era un hombre de paz como una paloma. Proponía el desarme, lo cual despertó la curiosidad de sus colegas en Europa y en la mayor parte del mundo. Aún no había visitado los Estados Unidos, pero ciertamente estaba haciéndose conocer en todas las demás naciones. La inteligencia de Nicolás, su perspicacia para los negocios y sus logros, de alguna manera, parecían ser conocidos por todos —sin que él hiciera propaganda, ni

alarde de los mismos. También la manera en la que, aparentemente, esquivaba los elogios, hacía que la gente lo elogiara aún más. La verdad era que mientras más alabanzas recibía, más las necesitaba y, a menudo, hasta casi se desmayaba debido a tanta emoción que esto le causaba.

Nicolás había aprendido bien el arte de pretender ser humilde.

Su meta era la de evitar servir en la cámara alta del senado para así presentar directamente su candidatura para presidente de Rumania al finalizar su actual segundo término. Los expertos afirmaban desde ya que él era el favorito para tal puesto.

Nicolás quería hacer algo más con su vida. Pensaba que era hora de llevar a cabo lo que fuera necesario para que pudiera tomar lo que le pertenecía. Se había arrodillado y había alabado a su señor y maestro a cambio de recibir los reinos del mundo. ¿Acaso había algún otro requisito que cumplir? Él era el hombre más inteligente, el que hablaba más idiomas, el más educado, el mejor orador del mundo.

Era hora de que Nicolás Carpatia hiciera su debut en el mundo.

Después de más o menos un año, Raimundo Steele se dio cuenta que su vida y su carrera profesional habían llegado, al mismo tiempo, a lo más alto y a lo más bajo. Había logrado todo lo que se había propuesto con Pan-Con. Lo

único a lo que pudiera aspirar era un puesto de gerencia, pero esto no le llamaba la atención en lo más mínimo.

Ahora piloteaba los mejores aviones de la compañía y podía escoger sus rutas y hasta su propio horario. Raimundo había tenido que mediar en la última discusión entre Irene y Cloe, la cual había dado como resultado el que su hija dejara de asistir por completo a la iglesia y a la escuela dominical. Además, desde entonces, Irene se había vuelto aún más fría que antes.

Raimundo no entendía cuál era el problema que tenía Irene con su hija. Cloe era una hija ideal, hasta sus amigos hubieran dicho que su hija era un tesoro. Además, recientemente les había dado a conocer sus intenciones de aceptar una beca académica completa de la Universidad de Stanford. Aunque él ni siquiera podía imaginársela tan lejos, ya que le parecía que sólo el mes pasado había sido una niña pequeña, también estaba orgulloso de ella.

Raimundo tenía las mismas expectativas y esperanzas en cuanto a Raimundito, por quien ahora más bien estaba preocupado. ¿Acaso su mamá lo estaba mimando demasiado? No actuaba como un niño mimado, pero el problema era que estaba demasiado inmerso en la religión de Irene. Eso no podía ser algo bueno. ¿Qué otro niño, especialmente de su edad, estaba todavía tan enamorado de la iglesia?

Lo único interesante en la vida de Raimundo seguía siendo Patty Durán. Ella, finalmente, había sido promovida a las rutas internacionales y, de vez en cuando, viajaba con él a Inglaterra y otros lugares del este. Su meta era llegar a ser azafata principal y obtener la experiencia

necesaria para poder escoger sus rutas. Patty le había dejado en claro que escogería las rutas de él, si eso no le molestaba.

Raimundo, por su parte, le había asegurado que eso era lo que él también deseaba.

Eso era algo irónico, pues aunque decir semejante cosa le había dado una gran emoción, también representaba mucho más de lo que había sucedido entre los dos. Por ejemplo, Raimundo ni siquiera había tocado a la joven.

Él había sido muy atento, esperando que su mirada, sus gestos y el tono de su voz le dieran a entender algo más. Aún así, Patty era la que iniciaba el contacto físico en esta relación. Ella era quien le ponía, suavemente, la mano en el hombro cuando pasaba cerca de la mampara. Cuando le llevaba el café a la cabina, ella le ponía la mano en la espalda. Le tocaba la mano cuando hablaban durante sus esporádicas cenas o mientras le agradecía por los frecuentes aventones hasta su apartamento.

Raimundo nunca había entrado al apartamento de Patty y rara vez se veían los dos a solas. Sin embargo, con su vida yendo de la manera que iba y con su crisis de mediana edad yendo a un paso alarmante, Raimundo ahora se permitía pensar en todo lo que podía suceder entre los dos. Trataba de convencerse de que si algo interesante sucedía en su vida, como por ejemplo: si llegaba a pilotear el avión del presidente o el del vicepresidente, o si la CIA o el Departamento de Defensa le galardonaba públicamente por su clandestina —pero limitada— asesoría, entonces todo se arreglaría en su vida.

Se decía que entonces dejaría de fantasear acerca de la

hermosa y joven azafata y, de alguna manera, haría un gran esfuerzo por avanzar —aunque fuera como un autómata— en su aburrida vida matrimonial.

Macho Williams había estado trabajando para el Semanario Global durante casi cuatro años. Ya había escrito más de treinta historias de portada, incluyendo tres artículos acerca del Hombre del Año. Quería conseguir la cuarta, así que fue a la próxima reunión de personal preparado para presentar su nominación: el doctor Jaime Rosenzweig de Israel, el humilde ingeniero químico que prefería ser conocido como botánico, pero que había tenido éxito en descubrir una fórmula que hacía que el desierto floreciera como un invernadero. El resultado era que la pequeña nación de Israel, de la noche a la mañana se había convertido en una de las naciones más ricas del mundo

A fin de cuentas, la historia fue asignada a Macho. Después de todo, él había estado a cargo de la historia cuando Rosenzweig ganó el Premio Nobel. Durante la entrevista en Haifa, el doctor Rosenzweig le contó a Macho varias historias más acerca de otros dignatarios que habían venido a visitarle y habían intentado convencerle con zalamerías.

—¿Fue *alguno* de ellos sincero? —le preguntó Macho—. ¿Alguno de ellos le impresionó más que los demás?

—¡Sí! Uno procedente del más desconcertante y sorprendente rincón del mundo: Rumania. No sé si fue

enviado o si vino por cuenta propia, pero sospecho que fue lo segundo porque creo que fue el oficial de rango más bajo que he recibido desde que recibí el premio. Esa fue una de las razones por la que quise verle. Él mismo, personalmente, pidió una audiencia. No procedió a través de los típicos medios políticos y demás protocolo.

—¿Quién fue?

—Nicolás Carpatia.

—¿Carpatia? ¿Tal como el . . . ?

—Sí, como el nombre de las Montañas Carpatia. Debes admitir que es un nombre melodioso. Me pareció muy agradable y humilde. ¡Igual a mí!

—No he escuchado acerca de él.

—¡Ya lo harás! ¡Ya lo harás!

—Porque él es . . .

—Impresionante, eso es todo lo que puedo decir.

Más tarde durante la entrevista, Rosenzweig dijo acerca de Carpatia:

—Creo que su meta es el desarme mundial, en lo cual nosotros los israelíes hemos llegado a desconfiar. Desde luego que él primero debe lograr el desarme de su propio país. De paso, este hombre tiene más o menos tu edad. Es rubio, de ojos azules, como los primeros romanos que vinieron de Roma, antes de que los mongoles se mezclaran con su raza.

—¿Qué es lo que le gustó tanto acerca de él?

—Déjame enumerarte las razones —dijo Rosenzweig—. Sabía mi idioma tan bien como el suyo. También habla inglés y me dicen que también habla varios otros idiomas. Muy bien educado, pero también autodidacta. Me cayó

bien como ser humano. Es muy inteligente, honesto y abierto.

—¿Qué quiso de usted?

—Eso fue lo que más me gustó. Debido a que me pareció tan abierto y honesto, le hice esa pregunta directamente. Insistió en que le llamara Nicolás, así que le pregunté: «Nicolás, ¿qué quieres de mí?» ¿Sabes lo que respondió, mi joven amigo? Dijo: «Doctor Rosenzweig, sólo quiero su buena voluntad.» ¿Qué podía yo decir? Le dije: «Nicolás, tú la tienes.» Como sabes, yo mismo soy un tanto pacifista, no de una manera irreal. No le dije eso, solamente le dije que tenía mi buena voluntad, la cual tú también tienes.

—Sospecho que eso es algo que usted no da tan fácilmente.

—Por eso me caes bien y por eso te la doy. Algún día debes conocer a Carpatia. Los dos se caerán bien. Las metas y sueños de él tal vez nunca se realicen, ni siquiera en su propio país, pero es hombre de grandes ideales. Si hace su aparición en el escenario del mundo, ya escucharás acerca de él. Además, como tú también estás emergiendo en tu propio ámbito, lo más probable es que él también escuche acerca de ti, o que hasta te llegue a conocer personalmente; ¿no es así?

—Espero que así sea.

Macho Williams disfrutó de una relajante cena tardía con Jaime Rosenzweig. Estaban a casi dos kilómetros del

kibutz y cerca del complejo militar donde Macho se hospedaría antes de su vuelo de madrugada de regreso a los Estados Unidos.

El chofer de Rosenzweig llevó a Macho al complejo militar, y este pasó por el centro de comando en su camino de regreso a su muy cómoda habitación. Ya era pasada la medianoche y Camilo estaba fascinado al ver la cuidadosa atención que el personal de la sección de estrategias le ponía a las brillantes pantallas de las computadoras. Al comienzo de la semana se había reunido con los supervisores, quienes le habían otorgado acceso total a los técnicos que vigilaban el cielo durante la noche. Muchos de ellos saludaban a Macho cuando pasaba cerca, asintiendo o agitando levemente la mano; dos de los supervisores hasta le llamaban por su nombre.

Antes de desvestirse para meterse en la cama, se puso de pie frente a la ventana y se quedó mirando fijamente hacia el cielo lleno de estrellas. No se sentía mareado, sino alterado. Sabía que iba a tener dificultad para quedarse dormido. En momentos como estos era cuando deseaba poder disfrutar del vino como lo hacía el viejo Rosenzweig. Eso, ciertamente, le ayudaría a quedarse dormido de inmediato.

Tal vez leer un libro a estas altas horas de la noche le ayudaría a dormir. En el preciso instante en que estaba alejándose de la ventana para ir a sacar un libro o una revista de su maleta, el estridente ruido de las sirenas sacudió el lugar. ¿Habría un incendio? ¿Algo estaba funcionando mal? Macho asumió que a través de los altoparlantes indicarían a los ocupantes lo que deberían

hacer, o a dónde deberían ir. Sintió alivio de que aún estaba vestido. Se puso su chaqueta de cuero y entonces algo nuevo en el cielo le atrajo nuevamente hacia la ventana.

Al parecer, se habían lanzado misiles aire-tierra. ¿Acaso Israel estaba siendo atacada? ¿Sería posible? Sonidos aéreos ahogaban hasta las estruendosas sirenas. Al ver que los cielos se alumbraban como si fuera el mediodía, Macho se dio cuenta de que éste era un ataque real, una verdadera batalla aérea. ¿Pero con quién? ¿Y por qué?

Salió corriendo de su habitación y corrió hacia abajo del pasillo y se dirigió al centro de comando. «¡Quédese en su habitación, visitante!», escuchó más de una vez mientras corría entre hombres y mujeres con los rostros demudados y a medio vestir. Muchos habían salido de sus aposentos tratando de ponerse sus uniformes y sus gorras.

El caos ya reinaba en el cuarto de control y todo esto había comenzado hacía menos de un minuto. Los oficiales de mando se amontaban alrededor de las pantallas, dando órdenes de fuego-rápido a los técnicos. Un hombre que estaba usando unos auriculares gigantescos gritó:

—Uno de nuestros aviones de combate ha identificado bombarderos rusos MiG.

—¡Bombarderos ICBM! —se escuchó desde otra esquina.

—¿Misiles balísticos intercontinentales en contra de la pequeña Israel? ¿De los rusos? —repitió Macho muy quedo, tambaleándose, dando vueltas desesperadamente.

De pronto nadie permaneció sentado. Aún los mismos

expertos estaban de pie frente a sus teclados, como si estuvieran mirando fijamente algo que no querían ver. Cada pantalla parecía estar alumbrada e invadida con parpadeos y puntos de luces.

—¡Esto es como Pearl Harbor!

—¡Estamos siendo aniquilados!

—¡Cientos de bombarderos MiG, casi encima de nosotros!

—¡Son muchísimos más que nosotros! ¡No tenemos esperanza alguna!

Enseguida comenzaron las explosiones. Algunas secciones del edificio quedaron a oscuras, al igual que algunas pantallas. Parecía que algunas de las bombas habían caído justo afuera de las ventanas. Esta no era una deslumbrante demostración, diseñada para obligar a Israel a rendirse. No había un mensaje para las víctimas. Al no tener una explicación del por qué estas máquinas de guerra habían cruzado sus fronteras y la habían atacado, la nación de Israel estaba siendo forzada a defenderse, sabiendo muy bien que la primera ráfaga causaría su virtual desaparición de la faz de la tierra.

El cielo estaba siendo alumbrado por bolas de fuego anaranjadas y amarillas, las mismas que no lograrían detener el ataque de los rusos, ante el cual no había manera de defenderse. A Macho le pareció que cada oficial de mando esperaba terminar de sufrir dentro de pocos segundos, cuando la descarga llegara a tierra y cubriera la nación.

Macho sabía que el fin estaba cerca. No había manera de escapar. De hecho, algunos miembros del personal

dejaron sus puestos y salieron gritando y sus comandantes no trataron de detenerles. Aún los oficiales superiores se tiraban bajo las mesas y los escritorios y se tapaban los oídos.

Mientras la noche brillaba como el día y las espantosas y ensordecedoras explosiones continuaban, el edificio temblaba, se sacudía y retumbaba.

Los primeros misiles israelíes habían destruido aviones de combates rusos, causando que estos misiles ICBM explotaran a tal altura que sólo causaban daño de fuego en la tierra. Los aviones rusos de guerra, en cambio, se estrellaban contra el suelo, abriendo cráteres y mandando sus restos en llamas por el aire. No obstante, el radar mostraba claramente que los rusos habían enviado casi todos los aviones que tenían, dejando casi nada en reserva. Miles de aviones se lanzaban en picada sobre las ciudades más pobladas de la pequeña Israel.

El instinto de sobrevivencia de Macho estaba en plena acción. Se agazapó debajo de una consola y se sorprendió de que le dieran ganas de llorar. Esta no era la manera como se imaginaba que sonara o se viera la guerra. Se había imaginado que cuando esta sucediera, él estaría viendo la acción desde un lugar seguro, grabando todo el drama en su mente.

Camilo Williams sabía, sin lugar a dudas, que iba a morir, y se preguntó por qué nunca se había casado. Se preguntó si quedarían restos de su cuerpo para que su padre o su hermano los identificaran. ¿Acaso Dios existía? ¿Sería la muerte el fin de todo?

U N O

CAMILO WILLIAMS se dio cuenta de que corría el mismo peligro de morir tanto dentro del centro de comando como afuera, bajo el cielo nocturno amenazante de Haifa. No estaba intentando ser un bravucón, sino que su única e insaciable curiosidad de reportero estaba prevaleciendo. Pensó que si salía, sería el único que —antes de morir— habría visto lo que le causó la muerte. Así que decidido, pero con las piernas temblorosas, avanzó hacia la puerta. Nadie pareció percatarse, o a nadie le importó tanto como para impedirsele. Tal parecía que todos habían sido sentenciados a muerte.

Al forzar la puerta hasta abrirla de un empujón, se encontró con una explosión abrasadora e incandescente, por lo que tuvo que protegerse los ojos con las manos. Le pareció que el cielo estaba en llamas. Los aviones a reacción irrumpían de manera amenazadora sobre semejante infierno. Los misiles explotaban, enviando aún más

lenguas de fuego al aire. Camilo se quedó parado, embargado por un terror absoluto. No podía creer lo que estaba viendo: Tales máquinas monstruosas de guerra caían, se estrellaban, rebotaban, rodaban y explotaban por toda la ciudad. No obstante, parecía que dichas máquinas solamente caían entre los edificios y en calles y campos desiertos.

La cara de Camilo se cubrió de ampollas y de todo su cuerpo empezó a emanar sudor. ¿Qué era ésto que estaba presenciando?

Nicolás Carpatia tenía el sueño ligero, así que el tono quedo —programado en un aparato pequeño instalado en la cabecera de su cama— lo despertó de inmediato, poco después de la una y media de la madrugada.

—¿Gabriela? —preguntó, luego de sentarse, frotarse fuertemente los ojos y de presionar el botón del intercomunicador.

—Sí, señor. Mis disculpas, pero el señor Fortunato está aquí y asevera que usted habría querido que se le despierte.

Así que ya se había llevado a cabo el plan.

En menos de un minuto, Nicolás se peinó y se puso una lujosa bata. Caminó suavemente hasta el ascensor, el cual se abrió en su salón y lo dejó cara a cara con su consejero de mayor confianza.

—¿Qué pasa, León? —preguntó Carpatia, tratando de disimular una sonrisa.

—En estos precisos momentos, Israel esta siendo destruida.

—¿Los rusos? —dijo Nicolás, dando palmadas y aparentando que adivinaba.

—Hay evidencias de que Libia y Etiopía están cooperando —contestó Fortunato con una sonrisa.

—Perfecto. El doctor Rosenzweig sabía exactamente lo que yo quería, pero no accedió. Me pregunto qué estará pensando ahora o si acaso podrá volver a pensar. Acaparraron en vano su fórmula. Nadie podría haberle sacado tanto provecho como yo lo hubiera hecho.

Fortunato hizo una mueca.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Nicolás mientras le indicaba que se sentara en un diván—. Siéntate, mi amigo.

—Nicolás, no des por sentado que el Kremlin te hará partícipe de esto —respondió León, dejándose caer pesadamente sobre el sillón—. Mis fuentes de información me dicen que éste es el ataque más costoso que jamás hayan llevado a cabo. El grupo que te presenté, de seguro va a querer darte sólo una porción de los derechos para comercializar en ciertas áreas.

—¿Acaso te has imaginado que eso será suficiente para mí? —replicó Carpatia, sentándose sobre una otomana, frente a Fortunato—. Estoy seguro de que sólo estás bromeando.

—Sé cómo te sientes, Nicolás, pero sencillamente quizá no sea tan fácil como quisiéramos. Con tu perdón, jefe, pero ¿por qué sigues sonriendo como si algo te pareciera chistoso?

—El trato ya ha sido hecho, León —respondió Carpatia, dejando escapar una carcajada.

—¿Qué dijiste?

—¿No me escuchaste o no me entendiste?

—No te entendí.

—Jonatán Stonagal y yo financiamos esta operación y establecimos las cláusulas del acuerdo antes de que el primer avión despegara. Rusia, Libia y Etiopía tendrán uso ilimitado de la fórmula a través de todo su territorio. No obstante, la comercialización de ésta en el resto del mundo estará bajo mi poder. Claro que las naciones mencionadas recibirán los honorarios que les corresponden: El siete por ciento.

—No puedes estar hablando en serio —replicó León, sacudiendo la cabeza y mirando a Nicolás con los ojos entrecerrados.

—Por supuesto que sí. No tomaría a la ligera tantos miles de millones de dólares. ¿Quisieras tener el privilegio de darle la noticia al señor Stonagal? En Nueva York ya son casi las siete de la mañana y el viejo ya debe estar haciendo sus ejercicios.

—Él mismo fue quien me dio la noticia —dijo Fortunato dando un suspiro.

—¿Pero no te dijo lo de nuestro acuerdo?

—Ninguno de ustedes dos me lo dijo. Veo que mi papel ha sido definido.

—Ah, no te precipites en cuanto a eso, León. Tú sabes más que cualquier otro de los que me rodean. Sin embargo, no necesitas saberlo todo. . . y tampoco lo sabrás. Te enterarás de lo que sea necesario que te enteres y en el momento en el que yo juzgue conveniente que lo hagas. ¿Entendiste?

—Como lo dije, mi papel ha sido definido.

Macho tuvo que cubrirse la cabeza con su chaqueta debido a la lluvia de trozos de hielo y de granizo tan grandes como pelotas de golf, los cuales —mientras la tierra temblaba y bramaba— lo hicieron también caer al suelo. De bruces sobre los fragmentos y esquirlas congelados, sintió que un aguacero lo empapaba. De repente, el único sonido audible era el del fuego en el cielo, el mismo que comenzó a desvanecerse conforme las llamas disminuían. Luego de diez minutos de rugidos estruendosos, el fuego se disipó hasta que sólo quedaron unas cuantas bolas de fuego esparcidas por el suelo. La luz que provenía del fuego desapareció tan rápidamente como había aparecido y una quietud total embargó el horizonte.

Mientras las nubes de humo se desvanecían con una brisa suave, el cielo negro-azulado de la noche volvió a aparecer con sus estrellas brillando como si nada malo hubiera ocurrido.

Macho regresó al edificio, llevando en la mano su enlodada chaqueta de cuero. El picaporte aún estaba caliente y cuando entró encontró a varios líderes militares sollozantes y temblorosos.

La radio seguía transmitiendo reportes de pilotos israelitas, quienes ni siquiera habían tenido tiempo de despegar y menos aún de hacer algo más que ver como todo el escuadrón aéreo ruso, al parecer, se destruía a sí mismo.

Milagrosamente, Israel no sufrió ni una pérdida de vida humana. De no ser por las entrevistas que él mismo condujo entre los abatidos hombres y mujeres que

habían estado a cargo de monitorear el suceso en las pantallas de las computadoras, Macho habría creído que alguna misteriosa falla había causado que los misiles y los aviones se destruyeran entre sí. No obstante, los relatos de sus entrevistados dejaban en claro que ése no había sido el caso.

Una joven militar israelita, con un fuerte acento pero a la vez con un inglés muy preciso, le dijo: «Se dio una tormenta de fuego, con lluvia, granizo y un terremoto. Eso fue lo que nos salvó de ser destruidos».

Esta sería la mejor historia de su vida, así que en seguida Macho se apropió de un vehículo todo-terreno y con rapidez atravesó el país, entrevistando a líderes, civiles y soldados. Cubriendo, como lunares, todo terreno por el que manejaba había cientos, miles de pedazos de acero retorcidos, ardientes y fundidos que se habían estrellado contra la tierra en Haifa, Jerusalén, Tel Aviv, Jericó y aun Belén, destruyendo antiguas murallas, pero causando apenas unos pocos rasguños a los seres vivientes.

Esto iba más allá del entendimiento de Macho, quien simplemente no lograba comprender lo acontecido.

Pocas horas más tarde, cuando comenzaba a amanecer, grupos de fuerzas especiales se vieron compitiendo con los buitres por obtener los restos de sus enemigos muertos. Dichos restos tenían que ser enterrados antes de que las aves rapaces devoraran la carne de los cadáveres, haciendo que ciertas enfermedades amenazaran a la nación.

Macho sintió un gran alivio al enterarse de que el doctor Rosenzweig había salido ileso.

—Si no hubiera estado aquí y lo hubiera visto con mis propios ojos no lo hubiera creído —Macho le dijo al científico—. Me va a costar mucho trabajo hacer que mis lectores me lo crean.

El doctor Rosenzweig se veía inusualmente callado.

—¿Qué le pasa, doctor? —Macho le preguntó.

—Bueno, es que, en el mejor de los casos como agnóstico, se me hace muy extraño abordar este tema. ¿Me permitirías que te presente a unos eruditos, quienes quizá podrían tener unos puntos de vista muy interesantes en cuanto a todo esto?

Rosenzweig le presentó a unos profesores universitarios, quienes le mostraron pasajes bíblicos que hablaban acerca de Dios destruyendo a los enemigos de Israel con una tormenta de fuego, un terremoto, granizo y lluvia. Macho se quedó atónito al leer Ezequiel, capítulos 38 y 39. Éstos mencionaban a un gran enemigo del norte, que con la ayuda de Persia, Libia y Egipto, invadía Israel. Lo más impactante era que las Escrituras habían ya hecho mención de las armas de guerra usadas para alimentar el fuego y de los soldados enemigos comidos por las aves o enterrados en fosas comunes.

Macho se dijo a sí mismo que no estaba listo para volverse religioso, pero este acontecimiento, ciertamente, lo había convertido en una persona diferente y en un reportero diferente. Desde ese momento en adelante, nada le parecería imposible de creer.

Además, si había una persona con la que quería hablar acerca de esto, esa era su colega en Chicago, Lucinda Washington.